
ESTILO DE VIDA, ESTRUCTURA ECONÓMICA Y USO DEL TIEMPO*

Jonathan Gershuny

1. *Uso del tiempo y subconsumo*

Es fácil olvidar la naturaleza paradójica del desempleo. Por una parte, hay personas con cualificación y aptitudes que tienen al menos el potencial necesario para la producción de bienes y servicios útiles y que no lo aprovechan (y también instalaciones industriales y de servicios sin utilizar). Por otra parte, hay necesidades desatendidas, personas que viven en estado de carencia. Es indudable que hay fuertes razones económicas para este desfase: riesgo de inflación, amenazas contra los equilibrios comerciales nacionales, temor a la derivación de recursos hacia vías improductivas. Como quiera que sea, esto plantea un problema de difícil solución: ¿habrá alguna manera de organizar mejor las cosas?

Estas incertidumbres constituyen la base de un diagnóstico de nuestros males económicos actuales que en este momento no goza de demasiada aceptación: «el subconsumo». La variedad más conocida de esta concepción es la que promovió Keynes, quien era partidario de reformular el problema. La

* Este artículo forma parte de la publicación *New Forms of Work and Activity: Documentation from a Colloquium; Brussels, April 25, 1986*, de la Fundación Europea para la Mejora de las Condiciones de Vida y de Trabajo, que ha dado permiso para su inclusión en la REIS. El conjunto de los textos será editado próximamente en castellano por el Servicio de Publicaciones Oficiales de las Comunidades Europeas.

oferta no siempre crea su propia demanda: la economía puede alcanzar un equilibrio en un nivel de demanda *real* (o sea, necesidades más capacidad de pago) insuficiente para proporcionar empleos a todos los que los desean, aun cuando todavía haya abundancia de demanda irreal en la sociedad y también recursos subutilizados.

La solución del problema surge como algo natural: hacer que la demanda irreal sea real; ampliar la demanda añadida dando dinero a los más necesitados; o (según la sarcástica propuesta de Keynes) enterrando el dinero metido en botellas de leche en minas de carbón abandonadas para que los mineros sin empleo se recuperen; o realizando obras públicas de utilidad, como en el American New Deal; o, como sugirió un economista de la década de 1960, lanzando billetes de banco desde un helicóptero. A continuación comprobáramos el eficaz funcionamiento del multiplicador de Kahn, por el cual los recientemente empleados por el aumento del gasto (o los que hubieran aumentado por él su poder adquisitivo) gastarían una proporción de lo ganado estimulando más empleo y más riqueza hasta llegar al pleno empleo. La demanda se expandiría para estimular su propio abastecimiento, una inversión de la Ley de Say.

Por desgracia, la experiencia moderna nos dice que este enfoque no discrimina adecuadamente. Podemos estimular la demanda, pero no podemos controlar *en qué* se gasta la gente su dinero. Es muy probable que se lo gaste de una manera que no genera empleo. Aunque hay capital y mano de obra inactivos en la sociedad, los hábitos de utilización del dinero generados por la estimulación de la demanda pueden ser de tal naturaleza que los recursos sociales ociosos resulten inadecuados. Las plantas siderúrgicas infrutilizadas no servirán para nada si la demanda extra que estimulamos se orienta hacia los videograbadores.

Los cambios tecnológicos (especialmente mientras haya desequilibrios internacionales en cuanto al desarrollo tecnológico), y la escala cada vez más internacional de la división del trabajo, hacen que, con toda probabilidad, la estimulación de la demanda keynesiana tradicional no resulte apropiada como instrumento de la política nacional para estimular el empleo. Es probable que se creen nuevos puestos de trabajo..., pero en Formosa; que como resultado del multiplicador se cree nueva riqueza, pero para las empresas de alta tecnología de California. Si la economía no puede producir los bienes o servicios extra de los que hay demanda, es posible que se los adquiera en otra parte, y también existe la posibilidad de que el aumento de la demanda aumente directamente los precios locales. La estimulación keynesiana de la demanda (al menos cuando la ponen en práctica de una manera individual las economías nacionales) parece revelarse ahora como un medio de promover la inflación nacional y los problemas exteriores de intercambio. Todo esto nos lleva a pensar que quizás no nos convenga ya seguir la recomendación de Keynes. Sin embargo, la diagnosis, el problema, sigue existiendo. Tenemos aptitudes

humanas desaprovechadas y necesidades humanas desatendidas, ¿por qué no conjugar las unas con las otras?

A decir verdad, la *Teoría General* de Keynes es un caso aparte dentro del debate del subconsumismo, y un caso bastante aberrante. El mecanismo keynesiano, según el cual las decisiones de gasto de las personas se combinan para producir una vuelta automática y equilibrada al pleno empleo, no siempre funciona. Pero sigue en pie la propuesta básica del subconsumismo: independientemente del mecanismo para generar puestos de trabajo, no debería haber subempleo mientras haya necesidades humanas sin satisfacer.

Pensemos un poco. En nuestra vida consumimos y producimos de una manera alternada. Nacemos (consumimos servicios médicos y generamos empleo para enfermeras, médicos y personal de limpieza), somos atendidos durante la infancia (y damos lugar a oportunidades de empleo en diversas industrias y ocupaciones), luego trabajamos para ganar dinero (producimos bienes y servicios para los demás) y nos tomamos nuestro tiempo libre y nos divertimos (usando y consumiendo bienes y servicios). Después nos retiramos del trabajo remunerado y quizás sigamos produciendo bienes y servicios para otros (la familia) sin cobrar por ello. Por último, a medida que envejecemos vamos necesitando más atenciones y servicios. El equilibrio preciso entre nuestro papel de productores de bienes y servicios no es, en modo alguno, algo establecido o «natural». Existen leyes que nos dicen a qué edad podemos ingresar en la fuerza de trabajo remunerada y a qué edad podemos abandonarla; cuándo debemos y cuándo podemos consumir los servicios del sistema educacional. Hay políticas estatales que determinan la posibilidad de acceso a las instalaciones recreativas (y, por ejemplo, si vemos televisión o vamos a nadar). También puede haber leyes que nos digan a cuánto tiempo de trabajo remunerado podemos aspirar (semana máxima de trabajo) y a cuántos días de vacaciones por año. Los cambios tecnológicos también pueden afectar a este equilibrio, por ejemplo, cuando la nueva tecnología doméstica nos permite producir en casa servicios que antes teníamos que comprar fuera. Y el dinero también influye; más dinero significa la posibilidad de comprar más cosas; salarios más elevados pueden significar que se dedique menos tiempo al trabajo remunerado y más a las actividades de tiempo libre.

La demanda agregada es la suma de todas estas clases diferentes de actividades de consumo; la oferta de trabajo es la suma de todas estas oportunidades y limitaciones para participar en el trabajo remunerado. En cualquier momento podemos estar consumiendo o produciendo. Al consumir damos a los demás la oportunidad de producir, y cuando consumimos, en la mayoría de los casos, no estamos produciendo. Se trata de un equilibrio delicado: si dedicamos demasiado tiempo al consumo, no tendremos tiempo suficiente para producir lo que necesitamos; si dedicamos un tiempo excesivamente escaso a consumir, no existen suficientes oportunidades para producir y aparece el desempleo.

Por supuesto, nos enfrentamos con el mismo problema de la inadecuación del tiempo de producción de algunos pueblos al consumo de otros pueblos. El artículo marginal de consumo no tiene por qué ser el resultado final del trabajo del trabajador marginal, y éste es precisamente el problema de la fórmula de Keynes: la estimulación de la demanda agregada puede influir sobre el tipo *inadecuado* de demanda. Pero el dinero no es el único que afecta este equilibrio entre consumo y producción. Pensemos, por ejemplo, en los efectos de elevar el límite obligatorio de escolarización (o de un período sabático en mitad de la carrera laboral para fines educacionales): por una parte, habría una reducción en la parte de la vida de un individuo dedicada a la producción (es decir, una reducción en la oferta de trabajo); por otra, un aumento en el consumo (y, por consiguiente, un aumento en la demanda de trabajo —más puestos de trabajo para educadores y trabajadores subordinados—).

En este caso, el consumo se ve constreñido, consistiendo en un aumento del consumo de servicios educacionales. Sin embargo, ese constreñimiento no es necesario. Lo que sí es necesario es que sea predecible. Sabemos que las personas con más dinero en el bolsillo gastan gran parte de él de modos que generan presiones inflacionistas y del intercambio exterior. Esto es lo que nos disuade de estimular la demanda agregada para generar empleo. Supongamos que supiésemos que las personas con más tiempo libre a lo largo de la semana lo gastarían en el consumo de servicios recreativos locales. En ese caso podríamos compensar a los empleadores por una semana laboral más corta sin reducción de retribuciones, podríamos subvencionar la construcción de centros recreativos locales y promover el ocio para generar nuevos puestos de trabajo.

Más adelante volveremos sobre este tipo de política. Por el momento sólo nos proponemos demostrar el efecto importante que el estilo de vida tiene sobre la estructura económica. Los estados modernos tienen muchas maneras de influir sobre los estilos de vida, muchos de los cuales tienen la posibilidad de afectar el equilibrio entre consumo y actividades de producción y, por lo tanto, de influir sobre el desempleo. La versión de Keynes del subconsumismo sólo recurre a uno de los factores que influyen sobre el estilo de vida: los ingresos familiares. Tal vez seamos capaces de crear otras combinaciones, más complejas, de política social y económica que ajuste el equilibrio de una manera más eficaz.

Pero incluso para pensar en esas alternativas radicales de política se necesita información que queda muy lejos del bagaje teórico convencional del economista, de la renta nacional y de las estadísticas de gasto. Los economistas tienen datos sobre el empleo y producción total por cada rama industrial, sobre los ingresos y hábitos de gasto por familia. Para crear estos instrumentos más refinados de política del subconsumismo (o puede que fuera más conveniente llamarlo simplemente «consumismo») hace falta información sobre lo que sucede *fuera* de «la economía». Es preciso sopesar los efectos de los

diferentes tipos de prestaciones públicas y privadas de servicios, de los diferentes regímenes de tiempo de trabajo, de las nuevas infraestructuras (especialmente las telecomunicaciones) prestadoras de servicios, sobre las elecciones de actividades. Para hacer estas evaluaciones se requiere información detallada sobre la naturaleza y el contexto de las pautas de actividad cotidiana. Será necesario contar con información sobre la forma en que la gente pasa su tiempo libre, así como con teorías sobre los factores que determinan la utilización del tiempo y con estructuras que permitan contabilizar datos sobre la utilización del tiempo y sobre el «estilo de vida» e integrarlos con los datos económicos más convencionales.

Indudablemente, hay otros motivos para reunir y analizar datos sobre la utilización del tiempo. Entre otras cosas, proporcionan casi la única base empírica para comprender, por ejemplo, la división del trabajo por sexos en el hogar. En la medida en que los estudios sobre «distribución del tiempo» ofrecen indicios de trabajo no remunerado, constituyen valiosas fuentes para los intentos de los economistas de ampliar los cálculos del PIB incluyendo el valor de la producción familiar. Las estadísticas sobre utilización del tiempo también pueden proporcionar medidas muy útiles de la «producción» para evaluar el rendimiento de las organizaciones de servicios. Pero para este trabajo nos concentraremos en la aplicación potencial de los datos sobre utilización temporal en la construcción de modelos socioeconómicos de «consumismo», mostrando las interconexiones existentes entre el estilo de vida y la estructura económica convencional.

2. *Una comparación internacional, intertemporal, de la distribución del tiempo*

La única fuente sistemática y comprensiva de datos sobre hábitos de utilización del tiempo son los «estudios de distribución del tiempo» (*time budget studies*). Dichos trabajos consisten en la encuesta de grandes muestras aleatorias en la cual los encuestados rellenan «diarios» en los que describen detalladamente sus actividades a lo largo de un período determinado (que puede ir de uno a siete días, según la encuesta). Estos diarios son lo suficientemente detallados como para registrar la duración de cada actividad a lo largo de los períodos considerados a fin de que se pueda elaborar una «distribución de tiempo», una contabilidad comprensiva de la adjudicación del tiempo, de una manera muy parecida a como se distribuye el dinero a lo largo de un período determinado. Se han realizado numerosos estudios de este tipo. En la tabla 1 están consignadas 53 encuestas de ámbito nacional (o bien muestras aleatorias de ámbito nacional, o bien muestras urbanas importantes) correspondientes a 24 países, y no se trata en modo alguno de una lista exhaustiva. (Puede encontrarse una descripción más minuciosa de las existencias internacionales de datos de distribución del tiempo en Robinson, 1983, y en Gershuny, 1985.)

TABLA 1

Estudios sobre la utilización del tiempo en diversos países

PAISES	
<i>CEE</i>	
Países Bajos	1975, 1980
Bélgica	1965
Francia	1947, 1958, 1963-64, 1966, 1967, 1974-75, 1984-85
Alemania Federal	1965, 1979, 1979-80
Dinamarca	1961, 1975
Reino Unido	1938, 1961, 1971, 1974-75, 1981, 1983-84, 1983-84
Italia	1973, 1979
<i>Otros países de Europa Occidental</i>	
Austria	1981
Suiza	1979
Noruega	1971-72, 1980-81
Finlandia	1979
Suecia	1981-82
<i>Europa Oriental</i>	
Polonia	1965, 1978
Alemania Oriental	1965
Checoslovaquia	1965, 1979-80
Hungría	1963, 1965, 1976-77
Yugoslavia	1965
Bulgaria	1970-71, 1976-77
Unión Soviética	1980
<i>Lejano Oriente</i>	
Corea del Sur	1981
Japón	1960, 1965, 1970, 1975, 1980
<i>América del Norte</i>	
Canadá	1971, 1981
EUA	1965, 1975-76
<i>Cercano Oriente</i>	
Israel	1970

Sin embargo, a pesar de la abundancia de encuestas sobre el tema, carecemos de una comprensión cabal de los hábitos de utilización del tiempo y de los cambios que experimentaron en diferentes períodos históricos, tanto en lo que se refiere al ámbito nacional como al internacional. Resulta muy difícil reunir datos sobre la distribución del tiempo, e igualmente difícil hacer uso de ellos. La preparación de los datos implica la reestructuración del material bruto de la encuesta de una manera mucho más fundamental que en un cuestionario tradicional. Es preciso traducir las secuencias de actividad descritas por los encuestados (me levanté a las 7,15, luego...) a un conjunto cerrado

de categorías y sumarlos en actividades totales (490 minutos de sueño, 80 minutos de comidas, etc.). Y a continuación, puesto que la gama de posibilidades es muy amplia, incluso para las actividades de un individuo, y dado que hay muchos tipos diferentes de personas (de acuerdo con el sexo, la situación familiar, la edad, la ocupación, los ingresos, la clase) con hábitos de actividad muy diferentes, la tarea de describir el estilo de vida, aunque sólo sea en una sociedad y en un momento determinado, es una tarea muy compleja y exigente.

Existen, además, problemas particularmente serios que dificultan los intentos de utilizar el fondo de datos de las encuestas descritas en la tabla 1 para fines comparativos. Aunque las encuestas que figuran en la tabla 1 comparten un núcleo metodológico común —la utilización de una planilla diaria para consignar las secuencias de actividades—, entre las encuestas sobre administración del tiempo puede haber numerosas diferencias:

1. Pueden abarcar a diferentes sectores de la población. La mayoría, aunque no todas, establecen límites de edad máxima y mínima para los encuestados; algunas se concentran exclusivamente en la población urbana (o, con menos frecuencia, en la población rural). La metodología de muestreo (aleatorio, estratificado o por cuota) y la naturaleza del marco del muestreo (familiar o individual) son también variables. Aparentes diferencias en los resultados entre una y otra encuesta pueden ser las consecuencias espurias de esas diferencias en cuanto a las estrategias y técnicas de investigación.

2. El diseño de la planilla para la consignación de datos diarios no está normalizado. Los datos pueden reunirse utilizando un lenguaje natural (o sea, que los encuestados hacen la descripción de sus actividades en sus propias palabras) o según categorías de actividad fijas y precodificadas. Su extensión va de un día a una semana. Algunas toman en cuenta una serie de días fuera de secuencia (por ejemplo, un día de trabajo y un día no laborable). Puede ser rellenada por un entrevistador cuando ya ha terminado el período diario, o por el encuestado a lo largo de dicho período. Actualmente, algunos datos diarios se reúnen por medio de entrevistas telefónicas.

3. El esquema de clasificación de actividad puede variar, de modo que categorías tales como «tareas domésticas» pueden significar cosas diferentes en las diversas encuestas. Sin embargo, a mediados de la década de 1960, bajo los auspicios de la UNESCO (Szalai, 1973), se reunió un conjunto de datos comparativos multinacionales, y el esquema de codificación usado en este ejercicio (aunque deficiente en algunos aspectos importantes) se ha impuesto como una especie de norma internacional *de facto*, lo cual permite comparar muchas de las encuestas más recientes consignadas en la tabla 1.

4. Es necesario tener una cantidad importante de información contextual sobre los encuestados para interpretar los datos sobre utilización del tiempo. No existe ninguna lista normalizada de los tipos de variables dependientes

que deben reunirse para una encuesta de administración del tiempo, ni de las categorías de codificación para dichas variables. Es así, por ejemplo, que un país sin disparidades urbano/rurales sustanciales puede omitir algunas variables geográficas que son indispensables para la comprensión de las condiciones en otros países.

A pesar del alcance e importancia de estos problemas, es posible realizar ciertos progresos en la comparación de los hábitos de utilización del tiempo, tanto por períodos históricos como por países. Las dificultades arriba mencionadas implican que, para ser eficaces, los intentos de hacer comparaciones requieren una vuelta a los datos brutos y una reconstrucción y reconstitución de las variables para hallar el «mínimo común denominador» de las diversas encuestas. Claro que esto no puede hacerse con todas las encuestas que figuran en la tabla 1, por cuanto (al margen de la magnitud de la tarea) es posible que los datos se hayan perdido o que sean inaccesibles, o que estén organizados de tal modo que toda comparación por épocas o por países resulte imposible.

Actualmente, en la Universidad de Bath, tenemos en marcha un proyecto de este tipo que abarca a siete países y un total de 15 encuestas (Países Bajos, 1975, 1980; Dinamarca, 1961, 1975; Reino Unido, 1961, 1974-75, 1983-84; Francia, 1965, 1975; Noruega, 1971, 1980; Canadá, 1971, 1981; EUA, 1965, 1975). Ya hemos recibido la casi totalidad del material (sólo nos falta una encuesta de Francia, la de 1975) y hemos procesado la mayor parte (los datos reelaborados de Canadá y de los EUA estarán disponibles a fines de abril de 1986); además, se están realizando otros estudios en los Países Bajos, en Francia y en los EUA, que esperamos puedan sumarse al archivo en su momento.

3. *El cambio de los estilos de vida, década de 1960 a década de 1980*

Este material puede servir para configurar un panorama bastante peculiar de cómo han ido cambiando los hábitos de vida a lo largo de las últimas décadas en las economías desarrolladas. Volveremos sobre la cuestión de cómo vincular estos datos sobre el estilo de vida con las evidencias sobre la estructura de la economía formal, a fin de explorar las posibilidades para la formulación de políticas «consumistas». Pero antes de hacerlo consideremos brevemente las evidencias de cambio social que han surgido en este punto intermedio del proyecto de investigación.

En la tabla 2 presentamos un panorama muy preliminar de la configuración del cambio evidenciado por las 12 encuestas que hasta el momento hemos procesado. En la primera sección de la tabla se consigna la media en minutos por día pasados en las tres categorías principales de actividad —trabajo re-

TABLA 2

El trabajo y el ocio en siete países
(Media en minutos por día)

	<i>Trabajo remunerado</i>			<i>Trabajo doméstico</i>			<i>Ocio de topo tipo</i>			<i>Trabajo de topo tipo</i>			
	<i>Décadas</i>	1960	1970	1980	1960	1970	1980	1960	1970	1980	1960	1970	1980
Países Bajos			164	165		219	226		418	400		383	391
Dinamarca	247	245			152	134		409	417		399	379	
Reino Unido	262	254	216		209	188	210	311	339	383	471	442	426
Francia	294				242			246			536		
Noruega		236	228			250	227		312	346		486	455
Canadá		234				208			362			442	
EUA	292				209			326			501		
<i>Efectos del sexo</i>													
HOMBRES													
Países Bajos		118	131		-116	-129			13	17		2	2
Dinamarca	59	84			-92	-71		21	0		-33	13	
Reino Unido	131	109	61		-118	-103	-78	2	4	22	13	6	-17
Francia	137				-143			11			-6		
Noruega		110	73		-115	-75			14	16		-5	-2
Canadá		109			-114				19			-5	
EUA	131				-122			-1			9		
MUJERES													
Países Bajos		-85	-82			84	83		-9	-11		-1	1
Dinamarca	-59	-85			92	73		-21	0		33	-12	
Reino Unido	-119	-102	-45		105	96	59	-2	-4	-17	-14	-6	11
Francia	-115				120			-10			5		
Noruega		-104	-67			109	69		-13	-15		5	2
Canadá		-83				86			-15			3	
EUA	-119				110			+1			-9		

TABLA 2 (Continuación)

El trabajo y el ocio en siete países
(Medía en minutos por día)

	<i>Trabajo remunerado</i>			<i>Trabajo doméstico</i>			<i>Ocio de topo tipo</i>			<i>Trabajo de topo tipo</i>			
	<i>Décadas</i>	1960	1970	1980	1960	1970	1980	1960	1970	1980	1960	1970	1980
<i>Efectos del empleo</i>													
TIEMPO COMPLETO													
Países Bajos		186	185		-108	-110		-39	-36			78	75
Dinamarca	144	158		-57	-57		-52	-62		87	101		
Reino Unido	185	167	169	-118	-107	-89	-36	-17	-54	67	60		80
Francia	139			-105			-25			34			
Noruega													
Canadá		133			-90			-30			43		
EUA	113			-80			-29			33			
TIEMPO PARCIAL													
Países Bajos		-39	-34		62	74		-16	-36		23	40	
Dinamarca		-17			60			-40			43		
Reino Unido	-92	-87	-45	69	41	89	-19	-17	-49	-23	-46		44
Francia	-45			43			-4			-2			
Noruega													
Canadá		-26			9			5			-17		
EUA	35			-16			34			19			
DESEMPLEADOS													
Países Bajos		-44	-77		56	38		17	20		12	-39	
Dinamarca	-144	-180		57	50		52	83		-87	-130		
Reino Unido	-257	-244	-143	161	163	77	58	44	55	-96	-81		-66
Francia	-284			213			53			-71			
Noruega													
Canadá		-221			151			51			-70		
EUA	-288			203			69			-85			

munerado, trabajo no remunerado (que, en términos generales, incluye el cuidado de los niños, las compras, la jardinería y las tareas domésticas de rutina) y ocio (el tiempo que queda se dedica al sueño, a la higiene personal y a comer en privado).

En este nivel de la presentación de datos no hay pautas evidentes de cambio, sino, más bien, un panorama bastante confuso en el cual las medidas de utilización del tiempo, así como los cambios que en ellas se evidencian, difieren de un país a otro. A decir verdad, en el único caso en que contamos con tres encuestas del mismo país, incluso las direcciones del cambio se modifican de una década a otra (en Gran Bretaña, el trabajo doméstico parece decrecer en la década de 1960 e incrementarse nuevamente durante la de 1970).

En realidad, esta confusión no sorprende demasiado. En esta tabla se combinan tres clases de cambios bastante diferentes. En primer lugar, está la parcialidad en la composición de las muestras; por ejemplo, la mayoría de las encuestas contienen, en diversos grados, un número desproporcionado de mujeres, ya que las mujeres parecen tener mayor inclinación que los hombres a hacer anotaciones diarias. Muestras como las de la encuesta de 1983-84 del Reino Unido, en la cual las mujeres representan casi el 60 por 100 del número total de encuestados, tienden a sobreestimar la cantidad de trabajo doméstico y a subestimar la cantidad de trabajo remunerado, ya que las mujeres, por lo general, realizan más trabajo doméstico y menos trabajo remunerado que los hombres. Y cuando la magnitud de la sobrerrepresentación difiera de una muestra a otra aparecerá una diferencia totalmente espuria en la media de utilización del tiempo. En segundo lugar, se producen cambios reales en la composición de la población a través del tiempo. Uno de los componentes del cambio en cuanto a trabajo remunerado, a lo largo de las tres décadas que abarca la tabla 2, es el aumento en la proporción de la población que entra en la categoría de «mujeres empleadas». El efecto de esto será un incremento de la cantidad global de trabajo remunerado en la sociedad, y también (puesto que las mujeres empleadas tienden a realizar menos trabajos domésticos) una disminución de la cantidad de trabajo no remunerado. En tercer lugar, hay cambios reales de la conducta a lo largo del tiempo. Tipos determinados de personas tienen tendencias de conducta particulares que también influyen sobre las estadísticas de tiempo medio. Así, pues, otro componente a tener en cuenta en cualquier reducción del tiempo dedicado al trabajo doméstico podría ser qué «tipos de personas» realmente hacen menos en una etapa más próxima de la Historia que en otra etapa anterior.

Para establecer el modo en que ha cambiado realmente la utilización del tiempo en una población es necesario eliminar los efectos de la primera categoría, la parcialidad de las muestras y distinguir, a continuación, entre las dos segundas, entre cambios en la *composición de la población*, por una parte, y cambios en la *conducta de subcategorías determinadas de población*, por otra.

La segunda parte de la tabla 2 presenta algunos ejemplos, correspondientes a las 12 encuestas, de las consecuencias de pertenecer a determinadas subcategorías de población. Así vemos, por ejemplo, que en 1975 los hombres de los Países Bajos hicieron 118 minutos más de trabajo remunerado que la media, 116 minutos menos de trabajo doméstico y dedicaron 13 minutos más al ocio (además, puesto que el día tiene la misma extensión para hombres y mujeres, puede suponerse que durmieron 15 minutos más que la media). Las mujeres, en cambio, hicieron 85 minutos menos de trabajo remunerado, 84 minutos más de trabajo doméstico y dedicaron al ocio 10 minutos menos que la media. (La media total está desviada hacia los totales femeninos, y se aparta de los masculinos debido a la sobrerrepresentación de mujeres en la muestra.) En la figura 1 están representadas a grandes rasgos las pautas de cambio por hombres y mujeres de acuerdo con los datos de la tabla 2.

Vemos aquí un grado muy importante de estabilidad. Con muy contadas excepciones, los signos de los efectos son constantes a través de todas las encuestas en lo que respecta a cada categoría de población. Los hombres de cada una de las encuestas hacen más trabajo remunerado que las mujeres; todas las mujeres hacen más trabajo no remunerado que los hombres y, con una única excepción aparente, tienen algo más de tiempo libre que los hombres (sin embargo, esto podría ser reflejo de una subrepresentación sistemática del tiempo libre de los hombres, ya que, en general, no se reflejan los descansos con que se interrumpe el trabajo remunerado en los registros diarios de actividades). Todas las personas empleadas tienen bastante menos tiempo libre que las no empleadas.

Esto no es demasiado sorprendente (aunque resulta satisfactorio ver reflejadas nuestras expectativas acerca de la sociedad en la evidencia empírica). La utilidad de este tipo de análisis consiste en revelar qué tipo de características sociales establecen una diferencia en la determinación de los hábitos de utilización del tiempo libre y, por consiguiente, qué tipo de características debemos tratar de mantener constantes cuando intentamos distinguir los cambios de conducta de los cambios en la composición social. Cuando aplicamos este tipo de técnica a las encuestas de nuestro archivo se revela la importancia de tres tipos distintos de característica social: el sexo, la situación de empleo y (con efecto más marcado sobre la utilización del tiempo por parte de la mujer y menos acusado en la de los hombres) la situación familiar —en especial la edad del hijo menor de los encuestados.

Así, pues, para identificar los cambios o diferencias en la conducta, debemos descomponer la muestra en los subgrupos definidos por estas tres características sociales. Este es un trabajo que ya está en curso, y la figura 2 puede dar una idea de los resultados que evidencia un cambio en diversas categorías del trabajo doméstico en Gran Bretaña, con controles por sexo y empleo.

De hecho, estas cifras muestran la elasticidad del tiempo en diversas acti-

FIGURA 1

Cambios importantes en la utilización del tiempo, 1961-1984

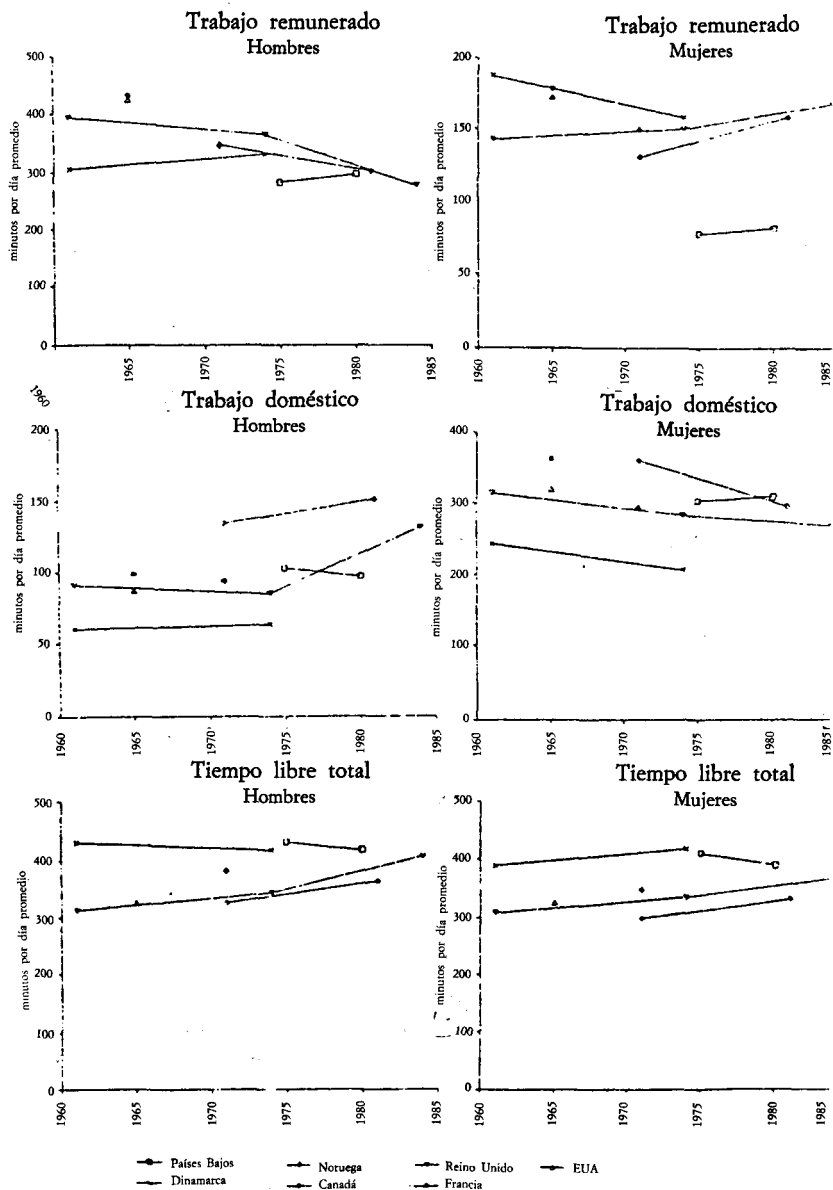
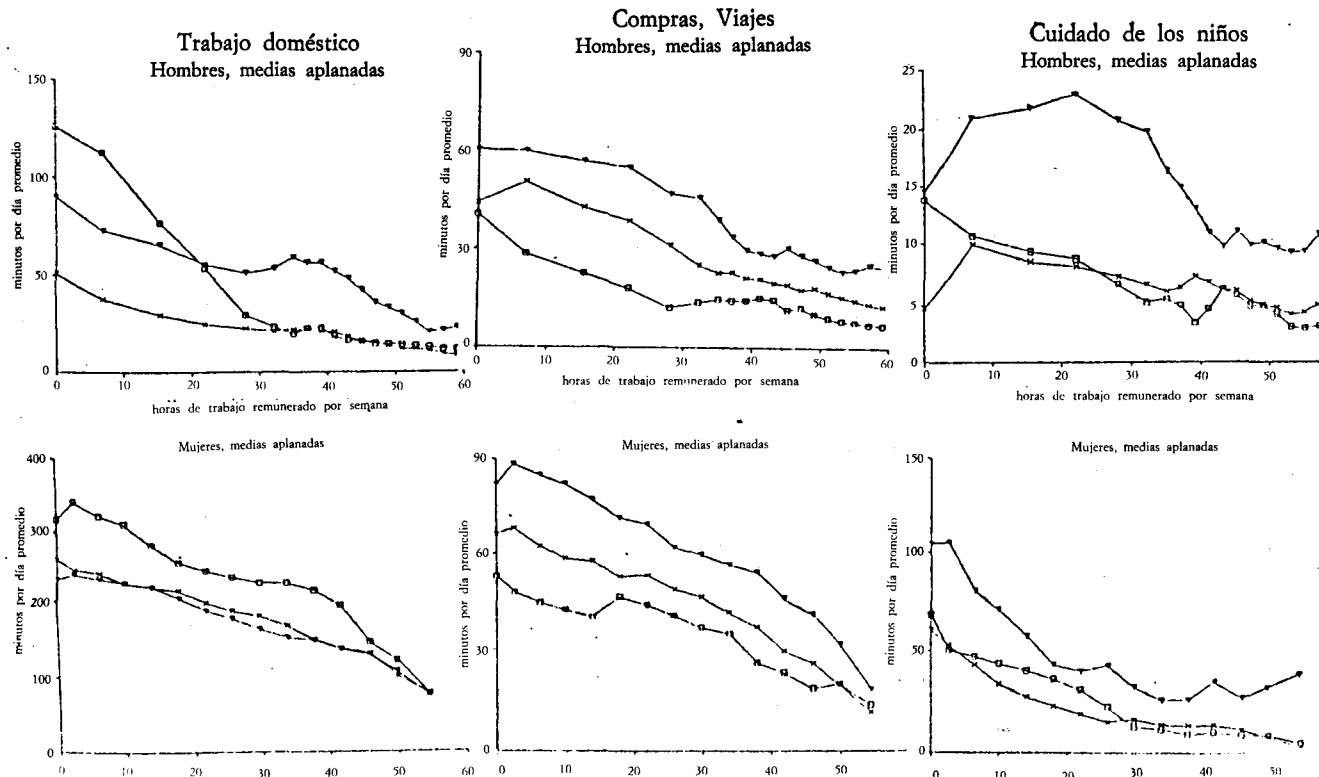


FIGURA 2

Oscilaciones del trabajo doméstico, 1961-1983/4



vidades domésticas con respecto a la cantidad de trabajo remunerado realizada por el encuestado. Hemos descompuesto las muestras en grupos de acuerdo con las horas de trabajo, y a continuación (puesto que hay un gran número de dichas categorías y los números de encuestados de cada categoría son reducidos) promediamos la cantidad de trabajo no remunerado de cada categoría con el de las categorías inmediatas.

Observamos, en primer lugar, la categoría trabajo doméstico de las mujeres. En cada una de las tres encuestas (1961, 1974-75 y 1983-84) hay una evidente curva negativa; el minuto marginal de trabajo remunerado sustituye —según la posición y el año— a la cifra que gira en torno a medio minuto de trabajo doméstico rutinario. Esta observación está en la raíz del fenómeno ampliamente observado del «doble peso» (las mujeres que asumen un trabajo remunerado no tienen una reducción compensatoria adecuada del peso del trabajo no remunerado). Lo que, en cambio, no se ha puesto de relieve anteriormente es la diferencia entre las encuestas sucesivas. Categoría por categoría, en cada nivel de trabajo remunerado, el tiempo de trabajo doméstico para las mujeres en el período 1974-75 fue *entre 50 y 100 minutos menos por día que en 1961*. Se trata de un cambio evidente en la «conducta», y es muy probablemente el resultado de la difusión de los electrodomésticos (lavadoras, aspiradoras, cocinas eléctricas, calefacción central) en los hogares durante ese período: más capital productivo en el hogar; por lo tanto, producción doméstica más eficaz y menos tiempo de trabajo doméstico. A lo largo del último de los períodos considerados, el cambio, aunque de igual sentido, fue mucho menor (es probable que la mayoría de las familias británicas hubieran adquirido ya los tipos más productivos de equipo doméstico a mediados de la década de 1970).

La serie de curvas equivalentes que corresponde a los hombres es ligeramente más complicada. Al parecer ha habido un enorme descenso en el tiempo de trabajo doméstico de los hombres empleados durante más de 30 horas por semana. En realidad, éste es un efecto de composición: en 1961, con pleno empleo y una economía relativamente boyante, una gran proporción del número escaso de hombres no empleados, o que trabajan un número reducido de horas, lo hacían voluntariamente porque tenían pesadas responsabilidades domésticas (tal vez atención de ancianos o de niños), mientras que, en 1975, el número muy superior de hombres de este grupo comprendía también un gran número de no empleados o subempleados involuntarios con responsabilidades domésticas mucho menos pesadas.

Así, pues, para fines comparativos, podemos ignorar la porción de ascenso pronunciado de la curva de 1961. Con esta excepción, lo que vemos ahora es casi lo opuesto de la configuración del cambio correspondiente a las mujeres. Las porciones de la curva de 1961 y 1974-75 por encima de las 30 horas de trabajo prácticamente no evidencian cambio alguno. Pero la totalidad de la curva se desplaza marcadamente hacia arriba de 1974-75 a 1983-84. Los

hombres que trabajan de 35 a 45 horas por semana en sus empleos aumentaron su tiempo de trabajo doméstico rutinario en, aproximadamente, una hora por día entre 1974-75 y 1983-84. Para esto no puede haber una explicación tecnológica. Presumiblemente refleja un cambio ideológico, un cambio en las normas sociales relativas al trabajo doméstico de los hombres.

Volviendo a las compras y a la elasticidad de los desplazamientos domésticos, observamos esencialmente las mismas tendencias para hombres y mujeres. En cada nivel de participación en el trabajo, la cantidad de tiempo dedicada a las compras y actividades asociadas ha aumentado a lo largo de las décadas de 1960 y 1970. Presumiblemente, en este caso la explicación tenga que ver con la reorganización espacial de las instalaciones de venta al público y de otros servicios. Las tiendas locales son reemplazadas por distantes supermercados, las escuelas pequeñas por otras mayores y más lejanas; en ambos casos, estos cambios redundan en una mayor eficacia en función de la reducción de costos en la «economía», a la par que aumentan los costos de tiempo personal para los individuos que actúan al margen de la economía. También hay un grado considerable de coincidencia entre los sexos y la categoría atención a los niños. En ambos casos, el tiempo de atención a los niños se mantiene bastante constante para la mayoría de las categorías de trabajo remunerado entre las encuestas de 1961 y 1974-75, y a continuación asciende notablemente entre 1974-75 y 1983-84; este aumento no puede explicarse en función de la composición, ya que la media de niños por familia descendió durante este período (y, en realidad, el aumento en tiempo dedicado a la atención de los niños está altamente concentrado en los hogares en los cuales el menor de los niños no ha alcanzado todavía la edad escolar). Al parecer, se trata simplemente de que los padres pasan más tiempo con sus hijos.

Así, pues, en cuanto hacemos un control por sexo y empleo y examinamos algunas categorías de actividad apenas más detalladas, surgen pautas de cambio social bastante claras y fáciles de explicar. En el ejemplo de que antes hablamos, hemos visto cierto cambio tecnológicamente inducido (reducción en el tiempo de trabajo de la mujer entre 1961 y 1974-75), cierto cambio relacionado con la aparición de nuevas normas sociales (aumento del trabajo del hombre en el hogar entre 1974-75 y 1983-84), otras innovaciones relacionadas con el cambio en la organización espacial (compras) y, presumiblemente, con simples cambios en los gustos (atención de los niños).

Cuando observamos de esta manera más minuciosa el tiempo dedicado al ocio en Gran Bretaña, volvemos a encontrar pautas directas de cambio. En general, la mayoría de los grupos disfrutaban de entre 30 minutos y una hora diaria más de tiempo libre en 1983-84 que en 1961 (y esto sin tener en cuenta a los desempleados). La mayor parte de este tiempo extra dedicado al ocio se pasa fuera del hogar, en actividades deportivas, poseos, comidas en restaurantes y visitas a cafeterías y *pubs* (aunque los datos muestran el esperado descenso en las visitas al cine o al teatro). Y lo más interesante de todo

es que, si bien durante este período ha aumentado el tiempo dedicado a ver la televisión, este aumento se ha realizado a expensas del tiempo que antes se dedicaba a escuchar la radio. El tiempo dedicado al ocio «pasivo» (ver la televisión, escuchar la radio, cintas y discos) realmente ha disminuido a lo largo de las dos décadas y media que abarcan las encuestas.

En Gran Bretaña, nos encontramos (incluso dejando fuera del análisis a los desempleados) con una reducción en el trabajo remunerado y en el trabajo no remunerado en lo que respecta a la mujer; con una redistribución (pequeña) entre los sexos del trabajo doméstico; con un aumento general en el tiempo dedicado al ocio que corresponde, fundamentalmente, a las actividades sociales realizadas fuera del hogar; con que las actividades del tiempo libre se apartan proporcionalmente del consumo pasivo de productos radiados y televisivos. En la actualidad se están llevando a cabo análisis semejantes para los otros seis países del archivo. Dadas las similitudes entre los diversos países en cuanto a las tendencias observadas en la figura 1, pensamos que los estudios comparativos arrojarán conclusiones aproximadamente iguales.

4. *Determinantes del cambio en los hábitos de utilización del tiempo*

El análisis del material correspondiente a la encuesta sobre distribución del tiempo nos proporcionará muchos datos sobre *cómo* ha cambiado la utilización del tiempo. Pero (puesto que los argumentos esbozados en la primera sección de este trabajo implican una intervención intencionada en el cambio), evidentemente, también es importante que descubramos *por qué* cambian los hábitos de utilización del tiempo. Necesitamos crear una base teórica que nos permita sostener que un cambio determinado en las circunstancias provocará cambios determinados en las costumbres. Es preciso que podamos decir que, *por ejemplo*, determinadas innovaciones tecnológicas, como las compras domésticas, o determinados cambios en la organización social —por ejemplo, semana laboral más corta— desembocarán en un mayor consumo de tiempo libre fuera del hogar (y, por consiguiente, en más puestos de trabajo).

Existe abundante literatura económica sobre los determinantes de la adjudicación de tiempo, produciendo modelos matemáticos más refinados y elegantes (por ejemplo, Becker, 1965; Gronau, 1979) que de por sí son bastante difíciles de aplicar al tipo de datos que hemos estado discutiendo. En la mayoría de los casos tienen bastante que ver con los determinantes de la oferta de mano de obra, y pasan por alto las complejas elecciones entre diferentes clases de trabajo no remunerado y tiempo libre. Además, los supuestos sobre los que se basan —conocimiento de sí mismo, racionalidad y conocimiento de otros cursos de acción posibles y de sus consecuencias— son muy poco plausibles. La familiaridad con la complejidad de la conducta eviden-

ciada por los datos sobre utilización del tiempo no afianza, en absoluto, la confianza en la teoría económica del tiempo.

Sin embargo, existen bases de un marco teórico más satisfactorio para comprender los procesos de determinación del estilo de vida, derivadas del trabajo de geógrafos suecos que realizaron estudios sobre el tiempo en la década de 1960 (Carlstein, 1977). El punto de partida de este trabajo es la observación de que todas las actividades humanas están localizadas, tanto en el tiempo como en el espacio, y de que las secuencias de actividad están limitadas por la localización geográfica de cada actividad y por las restricciones temporales que la afectan.

Los «geógrafos del tiempo» consideran que las familias tienen «programas de actividad» —listas de tareas que se supone que la familia debe llevar a cabo, o que deben realizarse para ella, en un período determinado— y lo que podríamos considerar como «estrategias familiares para el trabajo y el tiempo libre» —conjuntos de previsiones sobre lo que debe hacer cada miembro de la familia—. Con el correr del tiempo, pueden modificarse las estrategias sin alterar los programas (por ejemplo, cambio en la división doméstica del trabajo), y los propios programas pueden cambiar, quizás como consecuencia del cambio estratégico (como en los casos en que la colada familiar se reduce al hacerse cargo el marido de parte de las responsabilidades de la mujer). Las actividades se caracterizan por sus localizaciones geográficas («estaciones»), por su duración y por cualquier límite temporal que se les aplique (por ejemplo, horario de apertura de tiendas y *pubs*, horas de fichaje).

Este simple conjunto de conceptos constituye una poderosa herramienta para interpretar el proceso por el cual se determinan las actividades. Veamos el ejemplo de la figura 3. Supongamos que la familia está formada por una pareja y un niño de edad preescolar. La mujer de la familia no está trabajando en la actualidad, pero le han ofrecido un empleo en una fábrica. Este trabajo le exigirá fichar a las 9,15 de la mañana. La estrategia familiar actual asigna a la mujer la responsabilidad de la atención diurna del niño durante los días de semana. ¿Quién atenderá al niño si ella acepta el empleo?

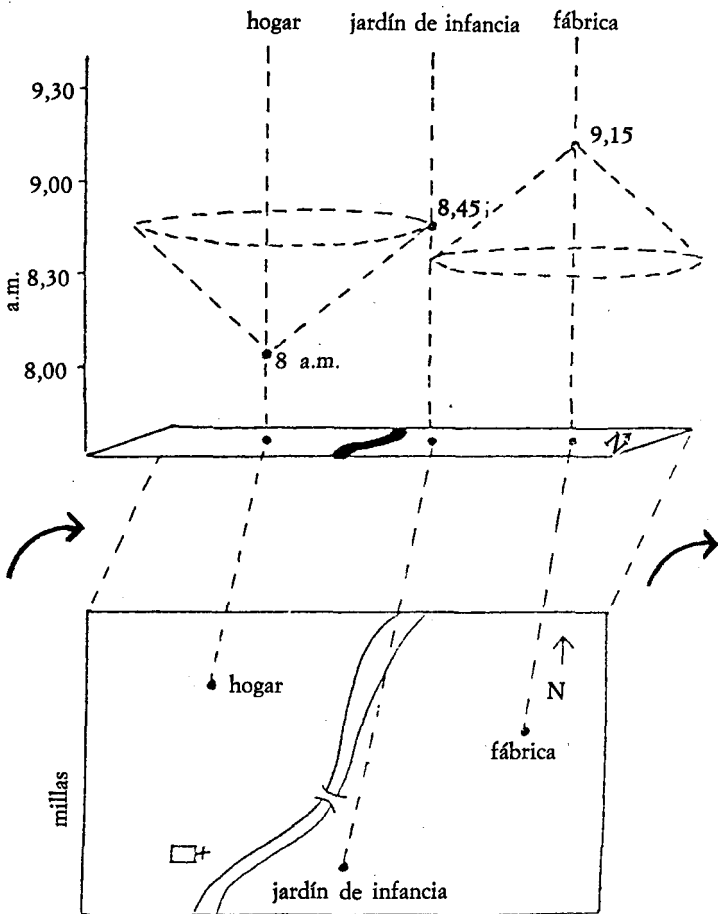
Hay un jardín de infancia al otro lado del puente que abre a las 8,45 de la mañana. El cono trazado en la figura 3, con el vértice en la estación denominada «casa», representa el límite de lugares a los que puede llegar alguien que sale de casa a las 8 en un punto determinado del tiempo (el declive de los lados del cono es proporcional a la velocidad máxima del transporte disponible —cuanto más rápido es el transporte, a tantos más lugares se puede llegar en un momento determinado, y, por lo tanto, más plano es el cono—). Si la mujer se va de casa a las 8, tiene tiempo (apenas) para dejar el niño en el jardín de infancia a las 8,45. El cono con el vértice en la fábrica muestra, para diversos puntos en el tiempo, los límites geográficos del área desde la cual puede llegarse a la fábrica a las 9,15 a.m. Si la mujer está en el jardín de infancia a las 8,45, no puede llegar a tiempo a la fábrica para fichar a

FIGURA 3

La geografía temporal sueca

Terminología:

- Estaciones de actividad
- Constreñimientos geográficos, distancias, velocidades
- Constreñimientos temporales — horas del día por actividades
- Normas de actividad — programas familiares
- división del trabajo por sexos



las 9,15. ¿Cambiará la división doméstica del trabajo? Si los constreñimientos espacio-temporales del hombre son menos rígidos, puede hacerse cargo él de llevar al niño, o se puede encargar de ello a otra persona, pero también es posible que los constreñimientos y complicaciones sean tales que la mujer deba renunciar a aceptar el trabajo.

Evidentemente, éste es el marco correcto para pensar en los cambios en la utilización del tiempo. Los cambios históricos que observamos en los datos de distribución del tiempo deben reflejar claramente la interacción de hábitos y preferencias con opciones y constreñimientos temporales y geográficos cambiantes. Parte del material bruto para desarrollar estas explicaciones debe encontrarse en las propias encuestas sobre distribución del tiempo. La mayoría de las encuestas sobre distribución del tiempo contienen cierta información secundaria sobre la localización geográfica de actividades. Algunas (por ejemplo, el material sobre Canadá) contienen información bastante detallada de este tipo. Y los propios datos diarios contienen información sobre los momentos inicial y final de las actividades. Al menos parte del cambio en la utilización del tiempo puede explicarse simplemente por cambios en los constreñimientos (por ejemplo, aumento en el tiempo de desplazamientos domésticos debido a una mayor distancia de las tiendas y los colegios).

Pero ésta es sólo una parte del camino que tenemos que recorrer. Es preciso comprender cómo las familias descubren opciones nuevas, cómo negocian sus miembros sus preferencias, posiblemente conflictivas, por las diversas alternativas. También necesitamos comprender el *proceso* por el cual los cambios en las oportunidades y los constreñimientos familiares se traducen en nuevas pautas de conducta. Estas necesidades sobrepasan las posibilidades de los datos sobre distribución del tiempo y requieren un enfoque más experimental.

Una opción bastante prometedora (surgida de la investigación sobre planificación de transportes) es el empleo de «juegos» estructurados sobre decisiones relacionadas con la utilización del tiempo (Jones, Dix y Heggie, 1983). El experimento consiste en enfrentar a las familias con cambios hipotéticos, en cuanto a sus circunstancias, y en rastrear las consecuencias. Los investigadores reúnen a los miembros de una familia y hacen un diagrama de las actividades semanales de cada uno de ellos en un tablero rectangular, en uno de cuyos lados están marcadas algunas «estaciones» (lugar de trabajo, tiendas, colegios, etc.) y en otro las horas de la semana. Se valen para ello de una serie de cubos de madera de colores que representan diversas actividades. A continuación introducen una perturbación —en su caso, un cambio en el sistema de transportes, pero en el nuestro podría ser una oferta de menos horas de trabajo, o un empleo a tiempo parcial o una terminal de compras a distancia— para un miembro de la familia, y a continuación se limitan a observar el proceso utilizado por la familia para adaptarse a la nueva situación.

Pensemos, por ejemplo, que al marido se le ofrece una reducción de la

jornada laboral. ¿Qué hará? «Voy a ir al *pub.*» «Pero los martes hay que ir a la lavandería a recoger la ropa.» «Me prometiste que podría ir a judo/ballet/club si estaba libre el coche.» «La abuela quiere venir a vernos.» ¿Qué hará entonces? ¿Comprar una nueva lavadora? ¿Llevar a los niños? ¿Trabajar alguna hora extraordinaria? Los investigadores observan el proceso de negociación y el resultado, y sacan conclusiones acerca de lo que podría pasar si se les ofreciera esa opción hipotética en la vida real. Los investigadores de transportes se manejaban con propuestas reales de nuevos servicios de autobús y, por consiguiente, estaban en condiciones de comprobar los resultados en la vida real. Todo parece indicar que el juego se ajustaba bastante bien a los resultados reales.

Los datos históricos sobre utilización del tiempo nos acercan, sin duda, a la comprensión del impacto de las innovaciones prospectivas sociales o técnicas sobre el estilo de vida. Pero necesitaremos integrar las ideas que nos formemos a partir de este trabajo con la evidencia obtenida de los experimentos (de experimentos controlados de «laboratorio» a pequeña escala, tales como el juego de utilización del tiempo aquí descrito, y también de experimentos «de campo» de escala social más amplia, y de otros sobre trabajo por teleproceso, semana laboral de cuatro horas, trabajo y compras domésticas a distancia) que se están llevando a cabo actualmente en todo el mundo

5. *El estilo de vida y la estructura económica*

«Estilo de vida» es una expresión más bien vaga y general, aunque en este trabajo le hemos dado un significado bastante específico. Para nosotros significa «hábitos de adjudicación de tiempo a diversas actividades dentro de un período determinado en el seno de una familia» (de modo que «estilo de vida de una sociedad» se usa para indicar la combinación de hábitos de utilización del tiempo adoptados por las distintas familias que componen esa sociedad).

La intención de este trabajo es demostrar las interconexiones existentes entre estilo de vida y estructura económica (y las conexiones entre cambios en el estilo de vida y cambios en el equilibrio entre oferta de mano de obra y demanda de la misma). La razón para adoptar una definición tan específica, basada en la adjudicación del tiempo, del estilo de vida, es que nos permite establecer vinculaciones empíricas directas con las variables estructurales económicas. Podemos dividir la utilización del tiempo en tres categorías de actividad —trabajo remunerado, trabajo no remunerado y consumo/recreo (con el sueño como contenido residual)—. De éstas, la categoría trabajo remunerado corresponde precisamente a la oferta de mano de obra para la economía formal, mientras que cada una de las categorías indicadas de trabajo no remunerado y actividades de consumo de ocio tienen un carácter complementario

directo con las partidas de gasto final o con los productos finales de los servicios estatales.

Así, pues, las estadísticas del «libro azul» sobre el empleo de trabajadores en ocupaciones particulares se corresponden con los datos sobre distribución temporal del trabajo remunerado realizado por los encuestados en esas categorías ocupacionales determinadas; el tiempo pasado en cafés en los datos de la encuesta se corresponde con lo gastado en servicios de restaurante en las estadísticas del «libro azul»; las horas pasadas en la escuela se corresponden con la noción de salidas del sistema educacional; el tiempo dedicado a fregar los platos, con el dinero gastado en esponjas y detergentes, etc. En síntesis, podemos trazar un cuadro comprensivo de asociaciones, de identidades y de complementariedades entre, por una parte, las entradas y salidas desde y hacia «la economía» y, por otra, las categorías de utilización del tiempo.

La serie de correspondencias, resumida en la figura 4 b, es la base para un sistema de contabilidad socioeconómica que relacione estilo de vida y estructura económica. Cada categoría de utilización del tiempo requiere una serie particular de entradas de bienes y servicios de la economía formal. Para lavar ropa, por ejemplo, se requieren lavadoras, detergente, servicios de reparación y mantenimiento, etc.

En un punto histórico particular sabemos (por las estadísticas de distri-

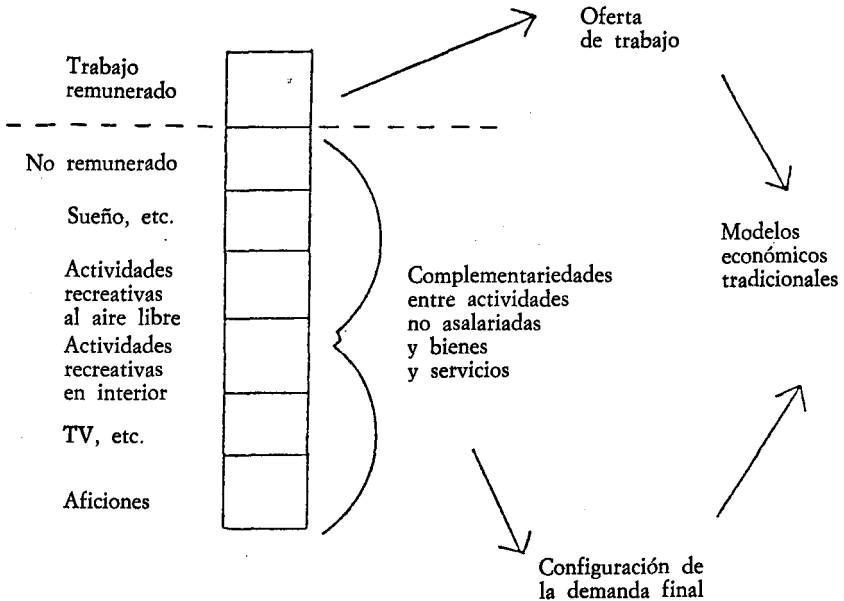


FIGURA 4 a

Utilización del tiempo y modelos económicos tradicionales

Utilización del tiempo y consumo

FUNCIONES/PROPOSITOS		ARTICULOS QUE ENTRAN EN EL HOGAR (CATEGORIAS DE CONSUMO)					ACTIVIDADES (CATEGORIAS DE UTILIZACION DEL TIEMPO)	
		Equipo capital	Materiales	Servicios intermediarios	Servicios finales	Servicios públicos	Fundamentalmente producción	Fundamentalmente consumo
BASICAS	EDIFICIO DE LA VIVIENDA	Compra de la casa herramientas	Combustible, pintura	Reparación de equipo	Decoración, etc.	Utilidades públicas	«Puestos de trabajo atípicos»	
	EQUIPAMIENTO DE LA VIVIENDA	Muebles, electrodomésticos de limpieza	Productos de limpieza	Reparación equipo doméstico	Servicios domésticos	Servicios de limpiar	Tareas domésticas, cuidado de los niños, compras, etc.	Dormir, visitas, entretenimientos, conversación
	ROPAS	Vestido, lavadora	Jabón, etc.	Reparaciones	Lavandería, limpieza	Bienestar	Lavado, limpieza, arreglo de ropas	
	ALIMENTOS	Cocinas, refrigerador	Comida, etc.	Reparaciones		Servicios de bienestar	Preparación de alimentos, colada	Comer, beber
RECREO	COMIDAS, BEBIDAS, FUERA				Servicios de restaurante			Clubes, pubs, restaurantes
	ESPECTADOR, FUERA				Actividades de espectador	Servicios culturales		Cine, teatro, excursiones, etc.
	PARTICIPANTE, FUERA	Equipo deportivo			Seguro de reparaciones	Facilidades deportivas	Entrenamiento deportivo	Practicar deportes, andar
	EN CASA, PASIVO	TV, etc.; discos, etc.		Reparaciones				Ver TV, escuchar música
	... LECTURA Y ESCRITURA	Libros, papeles	Material de papelería					Estudiar, leer, ordenador
	JUEGO, AFICIONES	Juguetes, juegos, etc.					Costura, punto	Juegos y pasatiempos
	JARDINERIA, ANIMALES DOMESTICOS	Herramientas	Comida para animales domésticos, plantas				Jardinería, cuidado de animales domésticos	Relajación
	VACACIONES	Caravana, segunda casa	Mantenimiento		Hoteles			
MANTENIMIENTO	TRANSPORTE	Compra de coche	Gasolina, aceites	Seguro de reparaciones	Transportes, servicios postales	Carreteras, etc.; subsidios	Desplazamientos domésticos o por trabajo	Tiempo libre, viajes
	MEDICO		Medicamentos	Seguro de salud	Pólizas médicas	Servicios de salud		En cama por enfermedad, en visitas al médico, hospitalizaciones
	OTRO PERSONAL		Cosméticos, productos de tocador, jabón		Peluquería, manicura	Servicios sociales	Higiene personal	Servicios personales
	EDUCACION				Cuotas escolares	Servicios educativos	Docencia voluntaria	En escuela, clases
	SEGURIDAD, ADMIN. LEGAL	Equipo de seguridad			Servicios de seguridad	Administración Pública, seguridad		

bución del tiempo) cuánto tiempo pasa la sociedad lavando ropa y (por las estadísticas de gastos domésticos) cuánto dinero se gasta en cada uno de los bienes y servicios que afluyen al proceso. Podemos establecer coeficientes de relación entre estos fenómenos: podemos decir, por ejemplo, que tantos minutos (millón) pasados lavando ropa se corresponden con tanto dinero gastado en detergente. Las estadísticas económicas oficiales registran la producción total de la economía. Los datos sobre distribución del tiempo abarcan toda la utilización del tiempo por parte de la sociedad. Así, pues, la producción de la economía puede «explicarse» de una manera comprensiva en función de las categorías de tiempo usadas (con la excepción de bienes y servicios exportados); y las «consecuencias» de la utilización del tiempo pueden registrarse en función del consumo final y, en última instancia, del empleo (o de las importaciones y, por lo tanto, del empleo en otra parte).

Por supuesto que estos coeficientes de correspondencia cambian. Ya hemos visto anteriormente que el trabajo doméstico rutinario había sufrido una disminución general en Gran Bretaña entre comienzos de la década de 1960 y mediados de la de 1970, y habíamos supuesto que este cambio se asociaba con un aumento en el equipamiento de electrodomésticos de la familia; cada minuto de trabajo doméstico se asociaba con *más* gastos en equipo doméstico en 1975 que en 1961. Por lo tanto, hay dos tipos de cambio a lo largo de los períodos históricos: cambio en la adjudicación de tiempo por parte de la sociedad entre las diversas actividades de consumo y producción, y cambio en la consecuencia de diversos hábitos de adjudicación de tiempo para la configuración de la demanda final.

El modelo de contabilidad socioeconómica aquí esbozado dista mucho de ser perfecto, sin duda (aunque en principio no mucho más imperfecto que algunas de las operaciones normalizadas de la contabilidad de la renta nacional). Pero por imperfecto que sea, de todos modos nos proporcionará algo que no nos ofrecen los modelos económicos convencionales: un marco para considerar el impacto de los cambios en el estilo de vida sobre la estructura económica.

Lo que se ha escrito hasta ahora constituye la especificación para un programa de investigación muy amplio. Requiere la recopilación de series históricas de estimaciones de hábitos de utilización del tiempo por parte de la sociedad y propone un marco para integrar datos nacionales sobre utilización del tiempo con las cuentas de la renta nacional convencional, para producir un nuevo sistema de contabilidad socioeconómica. La razón para proponer este programa de investigación es que puede poner al descubierto nuevas opciones políticas; nos proporciona un nuevo marco «consumista» para la integración de diversos cauces de formulación de políticas sociales y económicas que confluyen en lo que podríamos denominar «política de utilización del tiempo».

6. Política de utilización del tiempo

En la primera sección descartamos la versión keynesiana del consumismo por demasiado indiscriminada. Es simple: no podemos estimular una demanda real si los consumidores optan por hábitos de gasto que no tienen el efecto deseado de producción de puestos de trabajo. El objetivo del enfoque de «utilización del tiempo» para la formulación de políticas es sencillo (no así la práctica): la búsqueda de áreas de la vida en las cuales las actividades de consumo generadoras de puestos de trabajo pueden ser *directamente* estimuladas a través de una política pública.

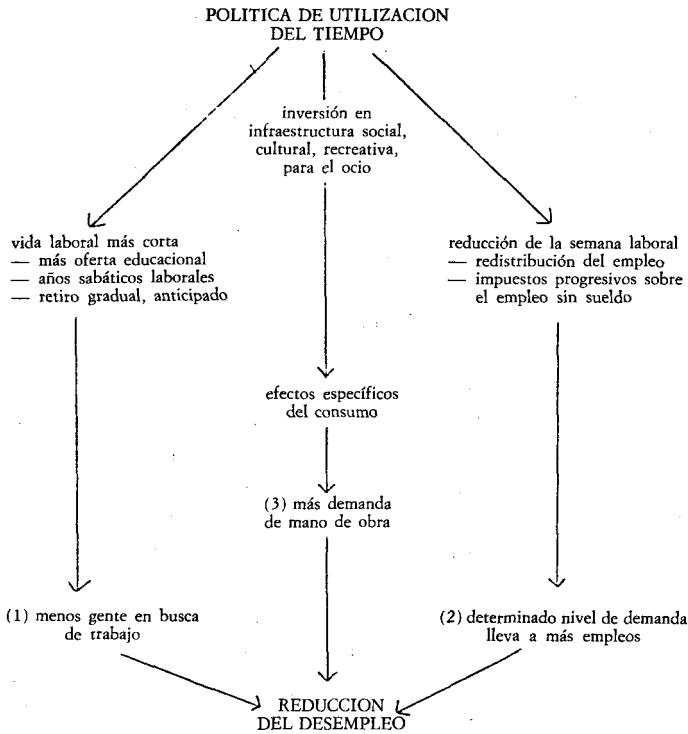
Podemos suponer algunos de los elementos esenciales de esa política de utilización del tiempo; aparecen representados en la figura 5. Hay tres planos principales. En primer lugar, políticas para la reducción de la extensión de la vida de trabajo. Una de ellas podría ser la elevación de la edad de salida del sistema escolar, unida a la necesidad de formación postescolar o de educación de jóvenes y ampliando o elevando los límites para la formación de adultos y de jubilados. A los trabajadores adultos se les podría ofrecer la opción de tomarse un año sabático a mitad de su carrera, ya fuese para fines educacionales o como vacaciones. Además del retiro anticipado, a los trabajadores de más edad se les podría ofrecer la opción de una retirada más gradual del empleo de tiempo completo, alternando largos períodos de vacaciones con trabajo de tiempo completo en los años finales de su vida laboral.

Según indica la figura 5, estas medidas tendrían dos tipos diferentes de consecuencias. Directamente, desembocan en una reducción de la cantidad de gente que necesita un puesto de trabajo, ya que constituyen una manera de retirar del mercado activo del trabajo a una parte importante de los efectivos de más edad. Indirectamente, provocan un aumento en la demanda de fuerza de trabajo. En algunos casos, este aumento de la demanda es bastante directo: elevar la edad de salida de la escuela aumenta la demanda de docentes. En otros, como el aumento en la demanda de tiempo libre o de instalaciones para trabajo informal por parte de los jubilados, resulta más difícil predecir las consecuencias.

El segundo plano de una política como ésta de utilización del tiempo consiste en la promoción de una semana laboral más corta para conseguir una redistribución del trabajo. Entre los instrumentos para esta política figuran la institución de derechos legales para que los empleados puedan exigir el trabajo a tiempo parcial, los subsidios públicos para los empleadores que ponen en práctica planes de redistribución de empleos y la asistencia técnica necesaria para ponerlos en práctica. Pero quizás el elemento más importante de la política pública en este sentido sea la reducción de la desincentivación actual —fiscal en su mayor parte— para acortar el tiempo de trabajo. Los empleadores que deben pagar beneficios no salariales sobre una base per cápita, por valoración estimada, tienen un incentivo para limitar el número de

FIGURA 5

Política de utilización del tiempo y desempleo



sus empleados; la conversión de estos pagos a un sistema progresivo basado en los ingresos semanales totales alentaría la redistribución de los puestos de trabajo.

También en este caso, estas políticas tienen una doble consecuencia. Redistribuir los puestos de trabajo significa que un nivel dado de demanda de mano de obra proporciona más puestos de trabajo. La reducción de las horas de trabajo también significa un cambio en la configuración de la demanda final en el sentido de proporcionar más empleo en la producción de bienes y servicios relacionados con el tiempo libre. Pero en ninguno de los dos casos están muy claras las consecuencias: no puede esperarse que una reducción de horas determinada se traduzca en un aumento exactamente proporcional en el número de puestos de trabajo. Tampoco se sabe exactamente a qué usos se destinará el tiempo libre extra.

El tercer elemento importante de este programa sería la inversión en las nuevas instalaciones e infraestructuras necesarias para encauzar la utilización

de ese nuevo tiempo libre. Parte de la inversión en nuevas instalaciones recreativas sería cubierta, sin duda, por el mercado, pero las nuevas instalaciones educacionales, deportivas, culturales, la construcción de parques y de accesos al campo entran, naturalmente, en el ámbito de competencias del Estado. Claro que el equilibrio entre los diferentes tipos de actividades recreativas dependería del uso que la gente decidiera hacer de su tiempo libre.

* * *

A estas alturas deberían quedar claras dos cosas. Por una parte, es posible que haya un campo muy considerable para la aplicación del tipo de política social integrada de utilización del tiempo libre que he esbozado. Debe admitirse la posibilidad de enfocar de esta manera el problema del desempleo masivo. Por otra parte, todo lo escrito hasta ahora son meras especulaciones. Sólo tenemos una idea muy vaga de los mecanismos sociales que regirían la puesta en práctica de estas líneas de política y que determinarían sus consecuencias. Se necesita mucha investigación social para poder evaluar la factibilidad práctica de este enfoque.

Podemos enumerar las áreas principales de incertidumbre con respecto a los tres mecanismos para la reducción del desempleo que aparecen en la figura 5. En algunos casos ya existe un *corpus* de material de investigación. El Mecanismo 1 (reducción del número de personas que buscan un puesto de trabajo) requiere importantes transferencias intergeneracionales en forma de educación adicional y de pensiones. Puede hallarse cierta evidencia sobre los determinantes de la buena voluntad para hacer esas transferencias en la literatura sobre la psicología económica y social del altruismo.

El Mecanismo 2 (redistribución del empleo mediante una reducción de las horas de trabajo) plantea la cuestión de lo que Samuel Brittan (1981) llamó «la bolsa de la falacia laboral»: la productividad marginal de las últimas horas semanales de trabajo puede ser muy baja (como lo indica la pérdida menos que proporcional de producción durante el período de semana de tres días en el Reino Unido en 1974), de modo que una reducción considerable en la semana laboral podría generar un aumento bastante menos que proporcional en el número de puestos de trabajo. Algunas estimaciones realizadas en Alemania sugieren que, con una reducción de 5 horas semanales, el «coeficiente de sustitución» podría superar sustancialmente el 0,5 (Schettkat, 1984). Está también la cuestión de cómo se financiaría la reducción del tiempo de trabajo. De no haber una compensación salarial (es decir, si el salario disminuyese en proporción con la semana de trabajo), la estrategia sería, en verdad, un tributo de distribución del trabajo —esto nos devolvería a la cuestión empírica del grado de altruismo económico de la comunidad—. Y, de haber una compensación salarial, los posibles efectos inflacionarios de esto dependerían exactamente del uso que la gente hiciese de su mayor tiempo

libre. (En Cuvillier, 1984, puede encontrarse una amplia reseña de la literatura sobre las consecuencias de la reducción de la semana laboral.)

Esto nos trae de nuevo al tema central de este trabajo. El Mecanismo 3 (los efectos específicos sobre el consumo de mayor tiempo libre) es un aspecto del que desconocemos casi todo. Apenas si empiezan a surgir algunas ideas muy preliminares de los resultados de la investigación sobre distribución del tiempo, pero hasta el momento es muy poco lo que conocemos. Sin embargo, es la cuestión central del debate sobre el subconsumismo. Si el aumento del tiempo libre produce un aumento en la participación en actividades que requieren la adquisición de instalaciones producidas por la economía local, la reducción del tiempo de trabajo constituye una estrategia viable para la reducción del desempleo.

La propuesta es que el aumento del tiempo libre puede generar nuevos puestos de trabajo. Es probable que los resultados de un análisis comparativo de datos multinacionales revele que esta propuesta es al menos coherente con la evidencia histórica: que el crecimiento económico y el pleno empleo se asocian con la reducción de las horas de trabajo. No obstante, para que la política de utilización del tiempo se traduzca en una forma posible, susceptible de aplicación, es preciso ir más lejos. Del mismo modo que una aplicación eficaz de la política keynesiana de estimulación de la demanda dependía de las estimaciones de la Propensión Marginal al Consumo de la población (es decir, de su propensión a gastar sus ingresos en lugar de ahorrarlos), nuestra política de utilización del tiempo depende de las estimaciones que hagamos acerca de la propensión de nuestra población a dedicar su tiempo libre marginal a determinadas actividades.

La mayor abundancia de dinero en los bolsillos de los consumidores europeos puede redundar, *ceteris paribus*, en la creación de más puestos de trabajo en Corea. Si supiéramos que la mayor abundancia de dinero, *en combinación con* mayor tiempo libre, desembocaría en la adquisición de servicios dentro de la economía local, entonces tendría sentido estimular la demanda real y subvencionar una reducción de las horas de trabajo. Lo que distingue la versión «utilización del tiempo» del consumismo de la versión keynesiana es el intento de influir, dirigir o encauzar el consumo marginal hacia los sectores que proporcionan empleo. Habrá que trabajar mucho para crear los tipos de teoría —y para adquirir los datos— necesarios para predecir (y para influir) con precisión el modo en que las personas utilizan su excedente de tiempo libre.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- BECKER, G. S.: «A Theory of the Allocation of Time», *Economic Journal*, 239, vol. LXX, septiembre 1965.
- BRITAIN, S.: *How to End the Monetarist Controversy*, Hobart Papers 80, Londres, Institute of Economic Affairs, 1981.
- CARLSTEIN, T.: en Carlstein, Parkes y Thrift: *Timing Space and Spacing Time*, Londres, Edward Arnold, 1977.
- CUVILLIER, R.: *The Reduction of Working Time*, Ginebra, Oficina Internacional del Trabajo, 1984. (Hay edición en castellano.)
- GERSHUNY, J. I.: *Developing a Multinational Time-Budget Archive*, Universidad de Bath, mimeografiado, 1985.
- GRONAU, R.: «Leisure, Home Production and Work: The Theory of the Allocation of Time Revisited», *Journal of Political Economy*, 85, 1977.
- JONES, P. M.; DIX, M. C.; CLARK, M. I., y HEGGIE, I. G.: *Understanding Travel Behaviour*, Aldershott, Gower, 1983.
- ROBINSON, J.: *Free Time in Western Countries*, Universidad de Maryland, Survey Research Centre, 1984.
- SCHETTKAT, R.: *Generale Arbeitszeitverkürzung: Gesamtwirtschaftliche Kosten und Beschäftigungswirkungen*, Documento de Trabajo ILM/LMP 1984.2, Nissenschaftszentrum, Berlín, 1984.
- SZALAI, A.: *The Use of Time*, La Haya, Mouton, 1974.

(Traducido por Ema R. FONDEVILA.)